

## PAGINAS SOBRE HOLANDA

por Rafael Altamira

### LAS FLORES DE HOLANDA

**L**a exposición holandesa está en plena fiebre de instalación. Los dos palacios que en el Retiro sirven ordinariamente para esos concursos y que han sido cedidos ahora al comité hispano-holandés de Amsterdam, van llenándose muy de prisa con los variados productos que la industria y el arte de aquel laborioso país envían a España para que los contemplemos y estudiemos.

Holanda no es un país ignoto para los españoles. Desde hace siglos, nuestra relación comercial con él, sólo interrumpida por los años de guerra bajo los Austrias, fué intensa. Los documentos legislativos de la Edad Media, castellana y aragonesa —entre ellos nuestra curiosa legislación del trabajo, nuestras ordenanzas menestrales y otras análogas—, están henchidos de alusiones a las tierras del Mar del Norte, aún no divididas en naciones diversas, y que nos brindaban con manufacturas estimadísimas, confundidas con las cuales llegaron a nosotros influencias pictóricas de indudable eficacia. La fama de algunas especies holandesas trascendió a la literatura y penetró en el lenguaje vulgar. Decir: «sábanas de Holanda» es todavía, para nuestras mujeres hacendosas y para nuestros sibaritas, mentar algo finísimo y escogido. Igual concepto evocan algunos bordados, encajes y paños. En el siglo XVI y en el XVII, los Países Bajos eran algo popular entre nosotros, aunque ya por motivos muy diferentes de los apuntados antes. Luego, con la guerra y la separación, hubo un

largo período de aislamiento, lleno de suspicacias y de rencores, ennegrecido por leyendas o exageraciones de crueldad que hacían odiosa nuestra historia.

Como tantas otras veces en la vida, las necesidades mercantiles fueron cambiando las cosas y hoy Holanda, con sus puertos famosos, no es para nuestros comerciantes una región desconocida con la que no existe otro lazo que el del recuerdo o el de la mercancía recibida por conducto inglés o alemán. Por el contrario, nuestros barcos van a las aguas holandesas y nuestros marineros pasean a menudo sus añoranzas en los muelles monumentales de Rotterdam y Amsterdam.

Pero la masa del pueblo español no sabe nada de aquel riquísimo e interesante pueblo. La Exposición que se prepara le va a revelar muchas cosas verdaderamente importantes; y aún los mismos artistas (a menos que hayan visitado aquel país) encontrarán que hay en la patria de Rembrandt algo más que admirar que las prodigiosas composiciones de *La lección de anatomía*, *La guardia cívica* y *Los síndicos del gremio de paños*, y que una parte de esa admiración la reclaman, con pleno derecho, los modernos productos cerámicos de Yonda y otras localidades.

El comité de Amsterdam no se ha limitado a enviar manifestaciones de sus industrias manufactureras útiles y artísticas. Ha pensado, con razón, que hay otros aspectos de la actividad holandesa, manual y espiritual, que merecen ser conocidos; y de conformidad con eso, está instalando un establo modelo donde se exhibirán vacas lecheras escogidas, manejadas por competentes de aquella industria en cuyos procedimientos podrán aprender muchas cosas nuestros vaqueros y lecheros, y como Holanda es también un país agricultor en ciertas producciones de hortaliza y tubérculos, el comité ha organizado conferencias experimentales encargadas a especialistas, que explicarán ante nuestros agrónomos y agricultores la manera holandesa de cultivar la patata (tan apreciada en el mercado español) y otras plantas de aprovechamiento alimenticio para el hombre.

Pero Holanda quiere también ser conocida por otros aspectos característicos de su actividad social. Tiene el legítimo orgullo de ser un país de arte exquisito que no se limita a la pintura, la cerámica, la metalistería y las piedras preciosas, sino que alcanza refinamientos que acreditan de escogida el alma de un pueblo. Holanda tiene el culto de las flores, uno de los que más

fácilmente penetran en el corazón de las muchedumbres, pero que no puede dejarse entregado a los movimientos instintivos de las gentes que, como entre nosotros, adornan tradicionalmente ventanas y balcones con macetas de brillante floración y por otra parte dejan que los chicos destrocen árboles y plantas en los paseos públicos y en los jardines particulares.

Holanda ha convertido la flor en un elemento fundamental de decoración casera y pública, y la atiende con esmero que la Naturaleza paga, en la primavera y en el verano delicioso de aquel país, con bellezas innumerables. El mercantilismo que se desarrolló durante algún tiempo con caracteres abusivos alrededor de la venta de bulbos de jacintos, tulipanes, lirios, etc., no fué sino la expresión del culto a las flores aprovechado por la idiosincrasia característica de aquel pueblo de trabajadores cultos. Pero como no hay flores sólo en los mercados y jardines de Harlem y otras localidades, sino en todo hogar, en todo jardín público y privado, en toda mesa y cuarto de estudio, la afición queda depurada y asciende a la esfera de la más fina percepción del placer estético que emana de esa parte considerable de la Naturaleza.

Consiguientemente a ese culto, Holanda ha traído sus flores; y como si éstas quisieran subrayar por sí mismas el valor que tienen en la vida espiritual holandesa, ellas son lo primero de la Exposición que se ha ofrecido, espontáneamente, a la admiración de los madrileños.

Los organizadores de aquella habían tomado precauciones para que los tulipanes y jacintos floreciesen al tiempo mismo en que se abriesen al público los salones de productos industriales y artísticos; pero no contaron con el clima de Madrid. Es posible que haya habido en esto alguna complicidad de las flores mismas, en conspiración misteriosa con nuestra tierra y nuestro sol, de una violencia fecundadora irreprimible. Lo cierto es que aún no había finalizado marzo y ya en los bordes del estanque fronterizo al Palacio de Cristal estallaba la brillante alfombra de blancos, rosas, carmines y morados con que los jacintos holandeses saludaban a nuestra recién nacida primavera, con esa oleada de alegría que emana de los colores fuertes, de los aromas penetrantes, de la fuerza de vida que empuja, minuto tras minuto, el crecimiento y la expansión de plantas y flores.

Todo Madrid ha ido a contemplar ese inesperado y maravilloso anticipo de la Exposición holandesa, que es un símbolo no pensado por los organizadores.

Y el símbolo continúa, en medio de los ligeros chubascos abribeños que refrescan la tierra y la atmósfera, y bajo el incomparable azul del cielo de Madrid. Ahora son los tulipanes, que comienzan a desdoblar sus cálices en apretados macizos de coloración alternada. Dentro de ocho días, una franja de luz que irá desde el rojo vivo a las palideces del rosa, correrá desde el Palacio principal de la Exposición al estanque donde ya languidecen los jacintos.

Y estoy segurísimo de que ese anuncio no previsto será el más eficaz, a la vez que el más típico, para que la futura Exposición entre en el alma de nuestro pueblo, que también, a su modo, ama las flores y comienza a saber respetarlas.

## LA PRIMAVERA EN HOLANDA

Para un habitante del Mediodía de Europa es difícil percibir la llegada de la primavera en estos climas del Norte. Le faltan, de ordinario, las dos señales más llamativas: el cielo claro y la temperatura templada, a veces alta, donde azota el sol. La variación brusca y frecuente que caracteriza el tránsito primaveral, no es aquí, por de contado, mayor que en España. Hace mucho tiempo que los poetas han comparado esa estación climatológica con la juventud del hombre: ambas son mudables y tormentosas. *Sturm und Drang*, como escribió Goethe.

Pero aquí la transición de luz y de color tarda mucho más en producirse que en nuestro país. Por ello, también, es menos sensible. En pleno mes de mayo, a dos pasos casi del segundo cambio de estación, hace frío y es raro el día que se ve brillar el sol en un cielo azul durante varias horas seguidas. Esto hace que aun los mismos holandeses no estén muy seguros alguna vez de sí, en realidad, la primavera ha llegado. Por lo ménos, admiten que pasa inadvertida, y que el invierno sigue siendo el más fuerte.

Pero si esto puede ser verdad para la sensibilidad humana, para los arreglos caseros y para el disfrute del campo y el aire libre, no lo es igualmente para la Naturaleza. A pesar del frío,

del cielo nublado, de las tormentas de agua y de viento, la Naturaleza *sabè* que la primavera ha venido, y la acusa en dos de sus manifestaciones más inmediatas y visibles para la Humanidad: la vegetación y las aves.

Como éste es un país de bosques tanto como de prados, y a las aves, los pájaros en especial, se las respeta y protege mucho, es fácil (para quien no sea un *ciudadano* empedernido de los que, se levanten tarde o temprano, hacen su vida entre calles y dentro de las casas) observar la aparición de la primavera en el campo. Aun sin querer observarla, es ella tan llamativa y enérgica que se nos mete por los ojos, queramos o no.

Mis balcones dan al jardín del hotel. Donde aquél termina, comienza la alameda del camino nuevo de Scheveningen. Más allá, y siempre de frente, está el bosque, mi ruta ordinaria cuando no llueve mucho, para ir al Palacio de la Paz. Así, los árboles y las aves que los habitan son mis vecinos inmediatos y el regalo frecuente de mi vista y de mis oídos.

Ellos son quienes, aunque el termómetro y mi piel parecían decirme lo contrario, me avisaron que la primavera había venido. Cuando todavía la vegetación no anunciaba el cambio con verdor ninguno, ni aun el más leve, pero sí con la hinchazón de las yemas, los pájaros, las tórtolas, las palomas y hasta los gorriones caseros cantaban con una alegría y con una insistencia que eran todo un aviso. El primer día que me dí cuenta de él, aunque no había guardado aún mi gabán de pieles, pensé:—«Ya está ahí la resurrección del campo.»

Lentamente iba desapareciendo la rigidez lineal de los arbustos y de los árboles: aquéllos, primero; éstos, con más parsimonia, a tal punto que aún los hay sin vestir. Comenzaron a engruesar los tallos en todas sus partes susceptibles de que apareciese una yema; o un leve tono rojizo, perceptible sólo en grandes masas, coloreó el negro o el gris oscuro del ramaje invernal. En los pinos había exhalaciones aromáticas que preludiaban los brotes nuevos. Días después, el rojo fué tornándose verde: al principio, muy débil; luego, por la abundancia cada vez mayor de las hojitas, progresivamente intenso, más bien que por la entonación que permanecía clara, por el efecto del conjunto. La impresión era de luz todavía más que de color. Parecía como si el bosque se iluminase poco a poco, cada día con más fuerza.

Esa impresión la he sentido, sobre todo, en los árboles inmediatos a mis balcones. Son un castaño de Indias y una especie de olmo. Este, el más próximo de los dos, roza casi sus ramas con la balaustrada de hierro que corresponde a la habitación en que escribo. De la noche a la mañana se me apareció revestido de una claridad que lo envolvía casi todo, como una bruma ligera suavemente iluminada. Luego, según iban dibujándose individualmente las hojas, parecía como si en cada tallo se alumbrasen, cada día, nuevas lucecitas, cada vez más en número y de mayor brillantez. Nunca he percibido como ahora la relación estrecha que hay entre la luz y el color.

A la vez que se producía este fenómeno aparecía el maravilloso encaje de la hoja naciente. Todo el mundo ha observado alguna vez esa figura indescriptible, difícilísima de dibujar y de pintar, que ofrecen los arbustos y los árboles cuando empiezan a verdecer. La pequeñez de cada elemento permite que no se estorben entre sí, y la vista humana percibe con una nitidez sorprendente el bordado estupendo de las hojas que apuntan sobre la trama gruesa de los troncos y de los tallos, cada vez más finos a medida que ascienden hacia la luz y las nubes o hacia las placas azules de cielo despejado. No hay quizá momento de mayor belleza en la vegetación —ni aun el brioso de coloraciones otoñales— que ese del encaje primaveral. Dentro de poco, habrá desaparecido. Las hojas, ya grandes, formarán masa tupida, y el bordado se borrará. Lo sustituirá tan sólo, cuando brille el sol, el que éste pinta en el suelo a través de los árboles regiamente vestidos.

El pueblo holandés, que ha sabido crear paisaje a fuerza de vegetación en una llanura arenosa pocas veces interrumpida por modestas elevaciones de las dunas, ha tenido también el acierto de mezclar los géneros y especies. Así, al lado del verde oscuro de los pinos, brilla el verde claro de los álamos y olmos, el granate de las hayas rojas que pronto se cambia en un color oscuro de café, el esmeralda casi transparente de otros árboles que en los primeros días de su verdecer recuerdan nuestros tilos, y muchos otros matices y colores.

Algunos arbustos de flor temprana se han vestido, como los frutales, de blancos y rojos variados. A mi vista y a orillas del canal, hay unos, muy desarrollados, que parecen ramilletes de rosas de Borneo, rojas a medio abrir; luego, blancas. Los flan-

quean otros cuajados de corimbos blanquísimos; y ambos colores se destacan sobre el fondo de unas hayas color de café que, a su vez, resaltan sobre la cortina verde del bosque vecino y el morado de las lilas que bordean el canal.

Pero en materia de colores, aquí el espectáculo admirable lo dan los campos de tulipanes, jacintos y narcisos. Los jacintos, que tomaron la delantera extendiendo junto a los prados verdes sus tapices rosa, azules y blancos, han llegado ya a su fin y los sustituyen casi por todas partes las otras flores. La fama de ellas es tan universal que todo el mundo tiene una idea de lo que son los campos holandeses de tulipanes. Pero una vez más lo real supera a lo pintado y a lo descrito con palabras. La masa de color, tan brillante aun con esta luz gris-plata que me recuerda mucho la de Asturias, produce un efecto inolvidable. La alternación de cuadros rojos, amarillos, blancos, violáceos, anaranjados, excede en fuerza pictórica a todo lo que el Arte puede producir. La delectación de la vista, subyugada por esta riqueza de colores vivos en grandes masas, es enorme. Los valencianos pueden formarse una idea aproximada de ella al contemplar los huertos de claveles y los tapices de flores que componen sus jardineros. La belleza de los jardines andaluces —a que han elevado un monumento literario y artístico los esposos Byne en su libro *Spanish Gardens and Patios*— es de otro género, porque no opera con grandes masas.

Este año, la primavera holandesa ofrece la grandiosa novedad de la Exposición de flores de Heemstede, cuya fama ha llegado a la prensa española. Heemstede (una aldeíta que prospera rápidamente a poca distancia de La Haya y Amsterdam) es un centro de jardinería que lleva muchos años de experiencia. Sus jardineros han realizado maravillas con los tulipanes, los jacintos, los narcisos, las azaleas y otras muchas especies de flores. De tiempo en tiempo convocan Exposiciones internacionales en que lucen los sorprendentes resultados de su labor al lado de las de otros pueblos. A la presente han acudido principalmente los ingleses y los belgas, con ejemplares y colecciones de primer orden.

Contra lo que pudiera esperar quien no conociese bien este clima, la Exposición se hace principalmente a cielo abierto, en el amplio parque de Heemstede que tiene sus colinas y, por de contado, sus estanques y un canal limítrofe. La parte cubierta

de la Exposición es relativamente pequeña y se renueva de tiempo en tiempo. Primero fueron los jacintos, las azaleas, los claveles y las orquídeas, principalmente. Ahora las han sustituido otras flores. Y no obstante el gran valor de las expuestas y la riqueza de las colecciones enviadas, no logran superar al indescriptible espectáculo del parque, en que desde los tulipanes que podríamos decir gigantes, hasta la pulsatilla y la violeta, se ofrecen a la vista maravillada del observador todos los tipos de flores aquí vivaces y toda la variedad de colores a que puede alcanzar un cultivo científico.

En punto a los tulipanes, se ha llegado a producir un número increíble de variedades, tanto en colorido como en la arquitectura de cada flor. Los rojos van desde el tono fuego brillante (a medio abrir, estas flores parecen realmente llamas), al más próximo del carmín. Los rosas agotan casi los matices de su tonalidad, y lo mismo pasa con los morados. Los hay veteados y azotados con múltiples combinaciones. Una de ellas (fondo violáceo fuerte con zig-zag amarillos) da a los pétalos del tulipán el aspecto de una tela de decoración asiática. Los rojos y amarillos, que evocan nuestra bandera, son siempre, aunque muy conocidos, un motivo de seguro efecto para la decoración. En los rojos y blancos, sobre todo, se han conseguido variedades tan dobles, que algunas parecen rosas más que tulipanes.

Cada creador, por de contado, bautiza su creación, dándole así una marca de fábrica que casi siempre responde a un nombre ilustre. Entre ellos abundan los de pintores. España hállase representada en este punto por el nombre de Murillo; al lado del cual hacen un efecto poco agradable los de «Toreador», «Picador» y «Matador», que perpetúan la engañadora imagen de la España de pandereta. El apelativo «Electra», que tanto puede ser español como de otro idioma, me recordó a nuestro Galdós, cuyos libros se conocen aquí poquísimos.

Cuando desde una de las colinitas, o desde el cómodo asiento del café que hace frente al edificio de la Exposición, se contempla en conjunto toda la parte llana de ésta y el arranque del bosque, la vista se siente deslumbrada por la variedad y la fuerza de los colores que extienden sobre el suelo una alfombra de dibujo ordinariamente rectilíneo y de combinaciones brillantes que no desentonan ni caen en lo agrio. Una vez más la superioridad de la Naturaleza sobre el Arte en punto a la forma y al color (sin



perjuicio de todas las excelencias que en su propio terreno tiene el Arte), se impone al espectador enteramente dominado por el espectáculo. Lo contemplé últimamente en una tarde serena, tras una lluvia que abrigó flores y hojas, y envuelto en la luz tranquila, dulce y plateada que caracteriza de ordinario el ambiente holandés. No olvidaré nunca lo que gozaron mis sentidos y lo que reflexioné entonces.

Un día después, la impresión entonces recibida logró impensadamente su complemento. A poco de una fuerte tormenta que descargó sobre La Haya, quedó el cielo despejado, de un azul puro que ninguna nube empañaba y con un sol dorado que alegró el mundo. Instintivamente me dirigí al mar. Presentía lo que iba a ver allí. Y apenas llegué a uno de los miradores que dominan la playa, el azul vetado del mar (oscuro donde el viento rizaba el agua; claro donde se mantenía serena); la majestad con que enviaba sus olas apenas hinchadas a la arena y las dejaba caer blandamente sin casi producir rumor; la faja brillantísima del sol sobre el agua, que chispeaba como oro líquido; la claridad del horizonte; las mismas nubes dispersas que aquí y allá mantenían inmóviles sus escasos cúmulos blanquecinos, me dieron la confirmación indudable de que la primavera se había ya enseñoreado de este país.

Nunca como ahora he sentido que esta tierra se me va entrando en el alma con toda su profunda y suave poesía, sólo perceptible a quienes viven aquí largamente y aguardan con paciencia a que Holanda les diga las palabras encantadoras que resuenan en lo más hondo de nuestra intimidad y allí quedan ya para siempre.

## LAS HOJAS CAIDAS

Todo a lo largo del camino, especialmente desde París acá, los árboles, los arbustos y las yerbas espontáneas se nos han mostrado con su traje de otoño. Ya es vieja —y, por supuesto, muy repetida—, la observación de que el otoño excede en colorido a la primavera. Quien primeramente advirtió este hecho lo hizo, sin duda, frente a los bosques o ante masas de árboles de hoja caduca, respecto de los cuales nada hay que objetar. Otra cosa sería si generalizásemos la observación y la aplicáramos, verbi gracia, a los jardines de flores, que no sólo se encuentran

en España, a los valles de nuestra zona templada que son ricos en especies floridas, a los países tropicales y aun a ciertas regiones frías en que la primavera ofrece, singularmente en los parajes no deformados por los hombres, una explosión de florecillas silvestres variadísimas y abundantes.

Hechas esas reservas y volviendo al campo de observación en que el hecho referido es absolutamente exacto, no cabe duda que la gama de colores del otoño es, en los árboles y en algunos arbustos y yerbas, mucho más variada y brillante que las de la primavera y el estío. Aunque el verde posea tonalidades muy diversas, a que me referí en el artículo sobre *La primavera en Holanda*, y en los parques modernos (que en esto imitan a los bosques naturales) se mezclen a las especies de hoja verde otras de colores distintos, no cabe duda que, en general, la representación típica de la primavera y el verano es, en los árboles, monótona.

En cambio ahora brillan, al lado del verde, el amarillo oro, el rojo vivo, el granate, el color cuero y los vegetales más caprichosos. Visto a distancia, un bosquecillo se nos muestra como una sucesión de manchas policromas, armoniosamente combinadas, y en que la individualidad de las hojas, el encaje finísimo de su conjunto, se percibe claramente, como al iniciarse la primavera.

Pero no acaba ahí el espectáculo de colorido. Junto a él, visible a distancia, hay otro que sólo se percibe de cerca. Es el de las hojas caídas.

Confieso que, hasta ahora, las hojas caídas comparadas a las «ilusiones perdidas» por el poeta no me han inspirado jamás melancolía. Siempre hubo algo en mi espíritu que se resistía a encontrar una idea de muerte tras el hecho otoñal del deshoje. Quizá por ser yo hijo de un país muy soleado, la Naturaleza no me sugiere melancolía más que a través del cielo nublado, del gris oscuro de estos países del Norte que reduce la luz a una mínima expresión, oculta el hermoso azul de arriba y hace imposibles en una gran parte del año los crepúsculos rojos, violetas y verdes. Pero la caída de las hojas, no, según ya he dicho.

Por el contrario, ha duplicado siempre el encanto inenarrable de la sinfonía de oro, rojo y cobre que los árboles ofrecen. Caminando entre ellos, mi vista ha buscado, en el tapiz del suelo, el mismo regalo que sobre mi cabeza hallaban los ojos. Añadiré

que ese regalo es mayor en la hoja caída, porque añade, a la contemplación de la mancha grande que procura la masa, el placer del pormenor variadísimo que tiene la particularidad de cada hoja. En esa particularidad, los detalles que se pierden mirando al árbol, resaltan vivamente; los podemos, además, apreciar con calma en nuestra propia mano, lo que añade al placer visual una especie de placer de tacto, un sentimiento de posesión del color mismo que se hace cosa nuestra, apropiada ya y posible de guardar, como un objeto de arte.

Quien no se haya parado algunas veces a contemplar el tapiz del suelo en otoño y no haya cogido las hojas de mayor visualidad, no comprenderá nunca el encanto del hecho a que me refiero. Hagan la experiencia y me darán la razón.

A cierta distancia, singularmente en las espesuras de arboleda, donde la masa de hojas caída es muy grande, la vista no percibe más que dos colores: el amarillo y el cuero más o menos oscuro. Alguna vez, un relámpago de verde que perdura atraviesa la mancha bicolor; pero, por lo general, en nuestros climas, es el color cuero el que se sobrepone.

Si nos acercamos, o si la contemplación se dirige a un sendero donde no se acumula tanta hoja y la individualidad de éstas se destaca mejor, empezarán los hallazgos y las sorpresas. Es sabido que no todas las hojas caen en un mismo estado de decrepitud, que tengo la tentación de llamar madurez. Como la caída puede ser originada por muchas causas (entre ellas, el viento ocupa un lugar preeminente) y éstas actúan sobre todo el árbol, se produce naturalmente el hecho de que aun dentro de una misma especie, los despojos ofrezcan tonalidades y mezclas muy distintas.

Las hojas que otoñean de amarillo, por ejemplo, dan ejemplares de color uniforme al lado de otras finamente veteadas o de nervadura aun verde, que tampoco es siempre igual, o manchadas violentamente de un rojo que da la sensación de placas de sangre fresca. Las encarnadas recorren todos los matices, desde el rosa al granate de las hojas rojas y al canela de otras especies. Las que se coloran en cuero dan desde las tonalidades claras de nuestras botas de campo antes de que se las engrase, al oscuro de los arneses usados. Se puede pasar una mañana entera buscando diferencias y hallándolas inagotables. Es aun más rica

la variedad colorista de las hojas caídas que la de las conchas de las playas, cuya búsqueda tanto encanta a los niños, a muchos jóvenes y a no pocos viejos. Si alguien hubiese pensado en componer decoraciones de salón formadas por hojas de otoño, es seguro que hubiera llegado a obtener combinaciones de una fantasía sorprendente. Los mazos de ellas que algunas veces adornan nuestros salones, aun siendo monocromos, pueden dar una idea de lo mucho que cabe hacer en este orden. Añádase a ello que el tapiz de la hoja caída varía según el sitio del bosque en que está, (por ejemplo, cerca de los caminos o en las profundidades de la floresta), también según la luz que recibe y, especialmente, la dirección de los rayos solares, no menos que por la diferente especie de los árboles de que procede. Es, en conjunto, cuero oscuro unas veces; amarillo claro otras, o crema; y si en el número de las hojas hay muchas que han caído de envés (en ciertas especies blanco o casi blanco) la mancha de color dominante toma esa tonalidad.

Todo esto que he dicho lo he venido pensando y sintiendo estos días al recorrer el bosque de La Haya, que ya describí hace meses en otro momento de su esplendor admirable.

Pero hoy mi encantamiento se ha visto amargado por una humillación que todos sufrimos a menudo, pero no todos confesamos. Es la humillación procedente de comprobar lo fácilmente que caemos en la imprevisión y la vergüenza que nos causa rectificarla, aunque no tengamos testigos.

Caminaba yo a buen paso por un sendero. Vi de pronto una hoja pequeña, divinamente pintada de amarillo oro y con una fuerte mancha roja en uno de sus costados. Verla y dejarla a mi espalda por el impulso de mi ritmo de paseante, fueron momentos casi simultáneos. A medida que me alejaba, íbame diciendo: «Debí cogerla. Es muy hermosa. No hallaré otra igual»; y a la vez seguía caminando, sin poder contener el paso. Al fin me consolé de esa impotencia con la esperanza de volver más tarde y hallar la hoja apetecida. En lugar de retroceder, me refugué en esa hipótesis. Pero la hipótesis no se ha cumplido. El viento, sin duda, se ha encargado de darme la lección que me humilla. Y ahora, me desespera la seguridad que tengo de que nunca, nunca, volverá a ofrecirme el bosque una ocasión como esa que mis vacilaciones me han hecho perder.

## EL VIENTO EN EL BOSQUE

Uno de los espectáculos naturales más incitadores a la melancolía placentera es, a mi juicio —mejor diría, según mi experiencia personal—, el de un bosque en esos días indecisos entre el invierno y la primavera. Tal, los días presentes en esta tierra de Holanda y en el año actual, tan lleno de sol y tan pródigo en cielos azules y en horizontes despejados.

Antes de salir de casa, ante ese cielo y ese sol, os figuráis un mágico transporte a la meseta castellana, cerca de uno de los bosques que aun interrumpen, de vez en cuando, la majestad soberana de sus amplias líneas de paisajes, y en uno de esos días de invierno despejados, brillantes, que invitan a pasear. Inútil recordar que éstos son, precisamente, los días clásicos de enero y febrero en Madrid, pues el recuerdo se le viene irresistiblemente a la memoria a todo madrileño de nacimiento o de domicilio.

Pero ahí termina la semejanza. En cuanto salís a la calle, más exactamente aquí, al campo, un viento fuerte y frío os rectifica la ilusión, trayéndoos a la realidad de este clima que corresponde a la latitud y al relieve geográfico de la tierra holandesa. El contraste referido es este año muy frecuente, porque el invierno, muy poco sensible en cuanto a las temperaturas, se ha complacido en recordar a cada momento que, benigno y todo, seguía aquí y, por las trazas, no se quiere marchar tan ahina.

Para soslayar el viento, que riza y aun ondula en anchos pliegues el agua de los canales, os metéis en el bosque. Establecido sobre dunas por la mano del hombre, que ha sabido aquí crear una flora espléndida, tiene ese bosque colinas, breves valles, cañadas y pendientes variadísimas. Ofrece, pues, socaires abundantes. Es decir, os parece que habréis de encontrarlos.

Buscáis, pues, uno de ellos, todo lo soleado posible, y os sentáis para gozar tranquila y cómodamente del paisaje. Salvo los robles, los castaños de Indias, cuyos botones están sin embargo a punto de estallar, y algunos otros árboles más tardíos, el mundo vegetal es ya verde, de un tono claro, fresco. El encaje de las hojas nuevas se dibuja con gran claridad y no vela el espectáculo de la masa de columnas grises, a veces verdosas también por los musgos y demás parásitos, de los troncos que de vez en cuando se presentan en haces de cuatro o cinco surgidos de un mismo centro.

La sensación de la primavera os va invadiendo rápidamente. La apoyan de vez en cuando gorgojeos de pájaros invisibles, arrullos lejanos o próximos de tórtolas, alguna paloma que cruza serenamente. El cuerpo humano como que se esponja en la caricia del sol y en la delicia de la renovación de vida de los seres. Pero la ilusión dura poco. Habéis olvidado el viento y la sutileza con que él sabe colarse por todos lados. Ahí llega, de pronto. Unas veces, es un ligero murmullo que no se puede ni situar, ni orientar. Otras veces, un ruido fuerte que suena en lo alto del ramaje, se inicia lejos y va llegando y reforzándose, con el mismo ritmo y sonoridad de las olas en la playa. Nada de eso os molesta. Antes al contrario, completa la sensación agradable. Pero luego cambian las cosas. Una hoja seca, color de cuero, se levanta y vuela, rastrera, dándoos la impresión de que es un insecto o una bestezuela del bosque que pasa dando saltos. En seguida es un grupo de hojas, que se persiguen y trazan círculos, invadiendo las sendas enarenadas o corriendo a través de los arbustos y del arranque de los árboles. Por fin, es la ráfaga helada que os cae de repente sobre el rostro y os hace tiritar un momento a pesar del sol que brilla siempre y os envuelve en su red de oro.

Entonces es cuando se inicia la melancolía. Todo aquello os enseña que el invierno está aún presente y que, no obstante las galas juveniles de la vegetación y los escarceos primaverales de los pájaros, sigue siendo el amo del bosque. Como una sensación engendra ciento, os fijáis ahora en que el suelo está lleno aún de hojas secas de un color uniforme de tabaco claro, sobre el cual lucen su verde luminoso las hojas nuevas de las matitas y de los arbustos enanos. Os fijáis en las grandes ramas desnudas que van subiendo en el azul claro, cada vez más delgadas hasta terminar en líneas finísimas que en la lejanía forman una masa gris confundible con la cima de cerros. Notáis igualmente que el bosque está casi desierto. No suenan a cada momento los gritos y las risas de los niños que juegan con la arena o corren entre los pinos y los robles cuando el buen tiempo es ya estable. Sólo de tarde en tarde pasa, silenciosa y dulce, una madre que empuja el cochecillo donde duerme o sonrío la criatura bien arropada. Alguna pandilla de raquerillos de Seheveningen cruza furtiva, probablemente por haber «hecho novillos» a la escuela. Charlan afanosamente, empujan trozos de leña muerta que el viento abatió y desaparecen pronto, en busca quién sabe de qué

aventuras que su imaginación les crea. La soledad vuelve, cada vez más abrumadora y triste. Nuevos torbellinos de hojas se levantan por todos lados y otra vez sus movimientos silenciosos y extravagantes se os figuran desfiles de seres misteriosos que cruzan por entre la arboleda, se dejan ver de pronto y desaparecen en seguida, esfumando rápidamente sus siluetas.

Nunca he comprendido mejor que ahora el origen de las leyendas que ha ido creando la imaginación de los pueblos habitantes de bosques o de países abundantes en selvas frondosas donde hay rincones oscuros, macizos de matorral impenetrable, cañadas que sólo reciben de vez en cuando un rayo de sol, también misterioso por lo extrañamente que alumbra la maraña de troncos y de hojas. Cada oscilación de aquéllos y de éstas, cada movimiento de criaturas animadas en estas soledades, cada ruido cuyo origen no se percibe, se revisten al punto de una forma humana o monstruosa, como las que idealizaron los pueblos clásicos y las gentes del Norte, creadoras de toda la fantasmagoría medieval que substituyó a la griega y romana o se fundió con ellas en combinaciones variadísimas y a menudo ilógicas.

La evocación de todo ese mundo, con la que se mezclan los recuerdos eruditos de vuestras lecturas de niño y de hombre —Andersen, Grim, Shakespeare, Goethe, Hauptman, Ibsen...— va acentuándose, en estos días a que vengo refiriéndome, a medida que cae la tarde y que penetra en el bosque, a cada momento más sombrío, más gris, la gasa finísima de la niebla que se percibe primero, a distancia, como un humo ligero, como una turbación de la vista.

Miro a mi alrededor. Medrosa, viene a posarse sobre el árbol próximo una paloma. En su cuerpo ceniciento que se ensombrece en rojo sobre el pecho, brilla, cerca de la cabeza, una mancha blanca, tornasolada alrededor en verde metálico y más abajo en carmín oscuro. Mueve el cuello a cada momento, mirando a todos lados; y a pesar de la luz, cada vez más pálida, hace brillar continuamente el tornasol. De pronto vuela y se pierde entre la masa de troncos y de hojas. Sus alas parecen despertar al viento, que sopla otra vez, frío pero silencioso, como quien se introduce furtivamente. El cielo blanquea. Pesa el silencio, cada vez más grave. Y el crujido de la arena bajo mis pies mientras camino para volver a la ciudad, con la música del viento y el voltear de las hojas que su soplo mueve de nuevo, me dan la ilusión de ir

acompañado a derecha, a izquierda, a la espalda, por otros pasos que quieren ser disimulados y que van poblando el bosque de un mundo de seres invisibles cuyo misterio rima dulcemente con las voces de melancolía cada vez más dominantes en el espíritu, y anunciadoras de la hora de los ensueños y de las añoranzas que a ratos nublan hasta las más claras y optimistas existencias humanas.